

LUIS ERNESTO CARCAMO

El retrovisor de Millán

A partir de imágenes siempre movilizadas y ondulantes, sintomáticas de determinado paisaje urbano, geográfico y sociopolítico chileno, se configura este libro de Gonzalo Millán (Santiago 1947): **La ciudad**, obra poética publicada originalmente en Canadá en 1979 y reeditada en nuestro país el año pasado. Es testimonio, documento de la realidad chilena posterior al golpe militar de 1973, aunque también aventura del signo, exploración de otros campos de percepción en términos lingüísticos, líricos y estéticos.

Este libro pertenece a esos pocos que lograron cuajar una "visualización" poética suficientemente perdurable de la realidad política y social del Chile de aquellos años, en cuanto sobrepasó el vínculo referencial con dicho contexto y abrió paso a la posibilidad de un lenguaje basado en el poder figurativo de la imagen y la verbalización.

Escenario urbano

En esta perspectiva, Millán intenta constituir una fisonomía de la urbe chilena y su trasfondo de país, en medio de una atmósfera en que predomina la represión política. El toque de queda, las persecuciones, la censura, las amenazas de muerte, los encarcelamientos, el silencio y el miedo rodean estos versos. Es la ciudad, la geografía, el individuo, sometidos a un estado de vigilancia: el de los años de autoritarismo en Chile.

A pesar de ello, dicha escenografía no se recluye en la inmovilidad, en la parálisis del hielo. En esta publicación, se hallará un tumultuoso e inagotable movimiento de signos ciudadanos, humanos y naturales. La urbe es tráfico, el paisaje es devenir: hay automóviles, trenes, máquinas, obreros, militares, ríos, mares, vientos, pájaros y animales varios en desplazamiento. Asimismo, la

*Por sobre todo, al escribir **La ciudad**, y ahora al reeditarla, Gonzalo Millán pareciera haber traspuesto el umbral de la misma ciudad que nombra, contemplando por el retrovisor la fugacidad de sus imágenes, pero no de sus efectos.*

temporalidad se mueve, desde el invierno a la primavera; el horizonte subjetivo se mueve, desde el dolor y el miedo de gran parte del libro a la cifrada esperanza de los últimos textos. Es un fluir acuoso de mareas altas y bajas. Hay, por tanto, una visión dinámica y cíclica en el mundo del autor.

En este escenario, el tráfico urbano se vuelve inhabitable para el sujeto. Obligado a un constante desplazamiento, no es más que tránsito. Su itinerar a momentos parece dar cuenta de algo más que una reacción a un clima de asfixia y persecución política, connotando una cierta errancia de la subjetividad andina, latinoamericana: "Ando huyendo./ ¡Andate! me dijeron./ Andan tras de mí./ Ando por los andenes./ ¡Andando! Adiós./ Los Andes están nevados". Así, en el discurso de Millán, el sujeto es apenas una silueta que se desplaza y esfuma. Deviene ciego en su andar, ya sin el poder visionario ni profético de otros tiempos.

Ante el tráfico de la ciudad y la realidad, huye de su laberíntico movimiento, insinuando la fisonomía de un paisaje



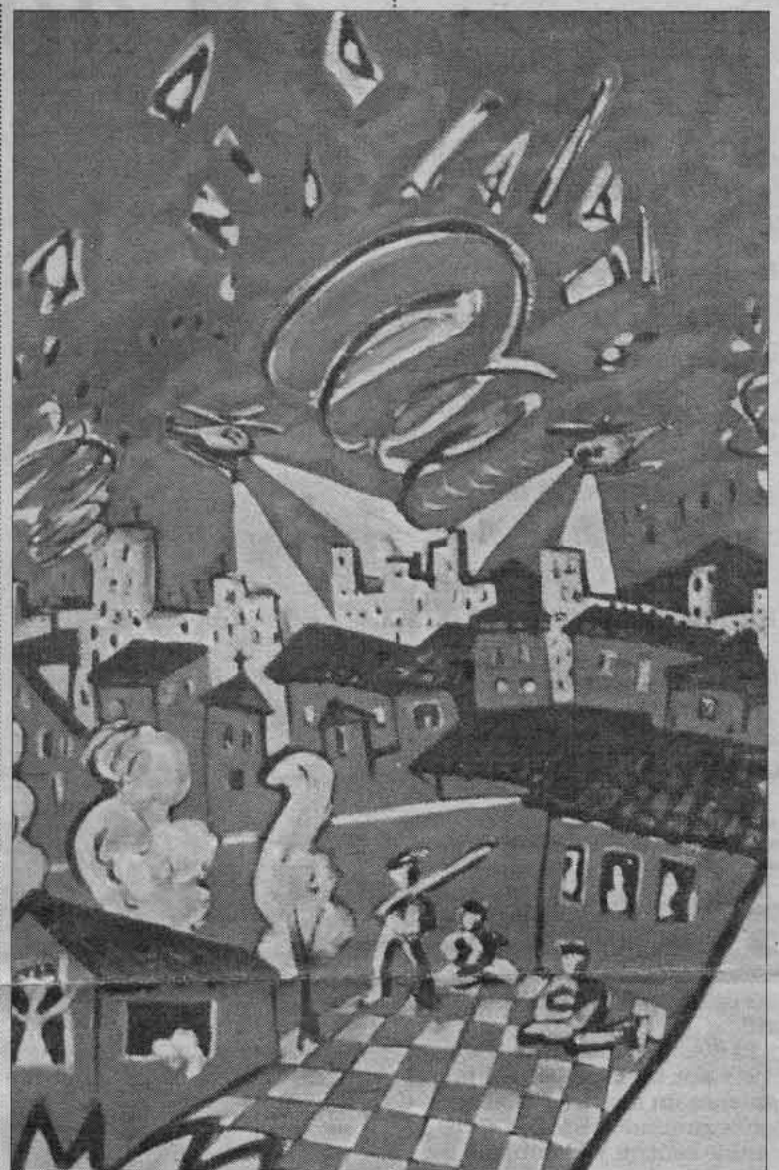
La ciudad, Gonzalo Millán. Editorial Cuarto Propio, Santiago 1994, 144 páginas.

'47

más vasto, su geografía, su impactante naturaleza: "El río es hondo./ El río es ancho./ Los ríos tienen afluentes./ Los afluentes desembocan en el río./ El río desemboca en el mar./ El mar es amplio". Sin embargo, el individuo para nada se arraiga en dicho contorno: asume su condición de tránsfuga.

El registro

Desde allí, este volumen — en una de sus aristas— asumi-



rá el lenguaje poético como registro, no con la cámara fija del fotógrafo sino con la movilidad del camarógrafo. La ciudad es, en ese sentido, un libro del ojo y, sobre todo, de la memoria. Atestigua la nitidez visual y escénica de esta última, su dosis de realidad e historia, pero —al mismo tiempo— su desrealización, sus transfiguraciones, sus fugas de irrealidad.

La memoria histórica ocupa un lugar sugestivamente simbólico a través de la figura de una anciana: "La anciana relee./ Los dedos de la anciana recorren la letra./ La anciana encuentra el nombre del tirano./ La anciana borra su nombre./ Su nombre no merece ser recordado./ La anciana encuentra los nombres de los asesinos./ La anciana borra los nombres de los asesinos". ¿Metáfora de una memoria histórica chilena oscilante entre el recuerdo y el olvido, el reconocimiento y la borratura, su síndrome de amnesia? A ella, el autor parece oponerle otra voz, al finalizar el mismo poema: "Sus nombres no se olvidarán./ A su hora recibirán castigo." ¿Es el juicio de determinado subconsciente? ¿Acaso una fantasmal voluntad popular?

Sin embargo, por sobre estas voces de trastienda, termina imponiéndose, en **La ciudad**, el sentido de la escritura como registro, escenografía,

emparentándose con cierto imaginismo de Pound, exteriorismo de Cardenal y concretismo brasileño. Poesía que se atreve a explotar la visualidad de las imágenes en serie y, paralelamente, el juego de movilidad escénica que otorgan los verbos, en sus articulaciones y desarticulaciones. La escritura se constituye en un plano de realidad, ante todo, verbal e imaginaria. Inclusive, el poeta adopta el habla fundacional del niño, en que las cosas van apareciendo a ras de lengua, como ocurre en su alusión a determinados objetos domésticos (mesa, cuchillo, cuchara, tenedor, vaso, pan, servilleta).

Cada poema va configurando una manera de documentar, consignar, decir, compungirse, a veces omitir, también exclamar. Todos estos giros se sitúan en una sucesión de escenas. Así, este volumen se aleja radicalmente de la vieja poesía de denuncia, en la medida que prescinde de la voz emblemática del victimado e incorpora la plasticidad del escenario. Tal vez, en algunos textos, pierde aire, tornándose algo monótono y denotativo. Por sobre ello, al escribir este volumen, y ahora al reeditarlo, Gonzalo Millán pareciera haber traspuesto el umbral de la misma ciudad que nombra, contemplando por el retrovisor la fugacidad de sus imágenes, pero no de sus efectos.

